

Inés

El jueves por la tarde recibimos la llamada telefónica de nuestros nietos anunciándonos que querían venir el martes a ver el vídeo con nosotras. Que les hacía mucha ilusión porque era un trabajo en equipo.

—¡Buenas noticias! Los chicos han dicho que quieren volver —dije entusiasmada después de entrar en el estudio de Luc.

—¿Cuándo, cuándo? —preguntó Ger, que la acompañaba junto al ordenador—. Porque habrá que preparar canapés, sándwiches y tapitas.

—Vienen este martes a la hora de siempre —contesté.

—Bueno, bueno, bueno —reflexionó Luc—. Pues si quieren pasarse un rato, por mí no

hay problema. Aunque os recuerdo que tenemos una entrega para dentro de quince días y vamos con bastante retraso. Lo de los japoneses.

En el fondo, estaba encantada, pero nunca lo reconocería.

—¡Qué ganas de verlos! —Ger estaba como loca de contenta. Se levantó de la silla de oficina y se puso a dar saltitos con una varita de incienso en la mano—. ¿Cómo les habrá ido con el proyecto?

—Bien, bien —respondí—. El maestro les ha dicho que habían hecho un gran trabajo. Y que las fotos en las que aparecían ayudándonos a subir las bolsas de la compra le habían emocionado.

—Pues yo le pienso hacer un regalo de despedida a Carola —anunció Ger agitando el incienso como si fuera una bengala.

—Y yo, a Juan —me sumé.

—No me pongáis en un compromiso —se quejó Luc—. ¡Y apaga ese incienso!

—¡Venga, mujer, no seas rata! —le dije.

—No sé, no sé. Ya veremos... —Se puso a agitar los brazos para alejar la humareda provocada por Ger—. ¡Y por Dios, abre la ventana de una maldita vez! —me ordenó.

Obedecí con rapidez para calmar sus ánimos.

—Oye —le increpó Ger apagando el incienso—, no te hagas de rogar, que Lucas también se lo merece.

—Ya veremos. —Seguía en sus trece.

—Mira que enciendo otra varita —la amenazó.

—¡Ni hablar! —Luc saltó de su silla.

—Pues he comprado uno más potente recién llegado de Nueva Delhi —dijo Ger.

Lo que faltaba.

—¿Cómo puedes ser tan cargante? —protestó Luc.

—Es una cuestión de karma, querida.

Las dejé discutiendo mientras me preparaba para ir al rocódromo.

—Inés —chilló Luc desde la habitación—, no te escaquees, que tienes que elegir la mú-

sica para el vídeo. Que nosotras estamos liadas con la planificación de las secuencias.

—En cuanto vuelva, me pongo —respondí tomando mis pies de gato.

—¡Y luego hay que editar! —volvió a la carga Luc.

—Que sí, que sí. Después, me uno a vosotras. Os lo prometo.

Y me largué para oxigenarme, aunque mi cabellera blanca atufaba a incienso a más no poder.

